

# De la historia de la cultura a la historia del libro en España<sup>1</sup>

RICARDO GARCÍA CÁRCCEL\*

Resumen: *Este ensayo reconstruye, de manera crítica y reflexiva, el complejo itinerario que ha vivido un sector importante de la investigación historiográfica española en los últimos 30 años: justamente, el periplo recorrido por los historiadores españoles desde la adopción y aplicación de la llamada "historia de las mentalidades" hasta su superación y desplazamiento por parte de la más compleja y sutil historia de las prácticas culturales, aplicada también al ámbito específico de la historia del libro y de la edición.*

Abstract: *This essay provides a critical and reflexive reconstruction of the itinerary of an important sector of Spanish historiographical research over the past 30 years, namely the route taken by Spanish historians from the adoption and application of the so-called "history of mentalities" until its replacement by the more complex and subtle history of cultural practices, also applied to the specific sphere of the history of publishing and books.*

Palabras clave: historia cultural, historia del libro, mentalidades, historiografía.  
Key words: cultural history, history of the book, mentalities, historiography.

**D**EJANDO APARTE LAS RECOPIACIONES BIBLIOGRÁFICAS de siglos anteriores, el nacimiento de la historia del libro en Europa hay que situarlo en los años cincuenta, en la obra de Daniel Mornet sobre los orígenes intelectuales de la Revolución francesa, donde se pone de relieve una constante en los historiadores franceses del libro: la preocupación por buscar la conexión entre la Ilustración y la Revolución francesa. El examen de 500 catálogos del siglo XVIII le permitió a Mornet observar que no encontraba *El contrato social* de Rousseau, que sería la biblia de la Revolución francesa y que, por el contrario, estaban presentes infinidad de obras de literatura pésima pero que era devotamente consumida por los lectores franceses. La historia del libro se separaba de la historia de la literatura, al interesarse más por el autor desconocido de escaso valor literario pero consumido por sus coetáneos. Robert Mandrou, en la misma línea, rompía con la cultura sabia y se interesaba por la cultura popular supuestamente representada por la "Biblioteca Azul" de Troyes.

Pero los padres fundadores de la historia del libro serán Lucien Febvre y Henri Martin en su clásica obra *L'apparition du livre* (1957). La obra constituye la perfecta co-

<sup>1</sup> He reducido al máximo las referencias bibliográficas para no alargar en exceso la extensión de este artículo. Para mayor precisión del estado de la cuestión me remito al prólogo que escribí al libro de M. Peña, *Cataluña en el Renacimiento: libros y lenguas*, Lérida, 1996, pp. 17-37; y el artículo publicado en *Bulletin Hispanique* (enero-junio, 1997), "La posesión del libro en la Cataluña del Antiguo Régimen", en el número monográfico *Les livres des Espagnols a l'Epoque moderne*, Burdeos, 1997.

\* Dirigir correspondencia a la Universidad Autónoma de Barcelona, Depto. de Historia Moderna y Contemporánea, Edif. B, 08093, Bellaterra, Barcelona, España, tel.: 34-93-581-1285; fax.: 34-93-581-2001.

laboración de la escuela de *Annales* y del mundo de la biblioteca, que representaban bien Febvre y Martin, respectivamente. La huella de *Annales* está bien patente. En vez de detenerse en detalles bibliográficos, tratan de desvelar el esquema general de la producción y el consumo del libro en el largo plazo. Ya no interesa el libro raro, curioso, exótico, sino la problemática de la impresión, publicación, remuneración, tiraje, clandestinidad, que como decía Febvre: “hacían descender la historia del libro del cielo a la tierra”.

En los años sesenta se produce la formalización de la historia cuantitativa del libro. Las obras que se constituyen en referente obligado de cualquier estado de la cuestión del libro van a ser las que dirigieron F. Furet, *Livre et société dans la France du XVIII<sup>e</sup> siècle* (vol. I, 1965; vol. II, 1970) y H. J. Martin, *Livre, pouvoir et sociétés a Paris au XVII<sup>e</sup> siècle (1598-1701)*, (1969). En esta obra se marcan las tres grandes líneas maestras de la investigación sobre historia del libro:

1) El recorrido de la serie larga de producción impresa, ya a partir de la obra hoy conocida (Martin), ya a partir de los títulos autorizados y registrados en los archivos de la dirección de la librería (Furet).

2) La historia social de la gente del libro: libreros, editores, impresores, ya analizando las peripecias de la historia de estos grupos socioprofesionales (fortunas, alianzas, movilidad), ya penetrando en las prácticas de trabajo, la organización del taller, las costumbres obreras.

3) El consumo del libro, deducido a través de la presencia de libros en los inventarios *post mortem* o en los catálogos de ventas públicas de bibliotecas.

Las pautas de Martin y Furet son seguidas por múltiples historiadores. Chaunu otorgó plena legitimidad al método en su artículo publicado en el *Homenaje a Braudel* (1979). La historia del libro se convierte en capítulo de múltiples tesis dedicadas a grupos sociales. En 1971 nacía la *Revue française d'histoire du livre*. La obra de Furet es ampliada y matizadas algunas de sus conclusiones. Pero, sobre todo, la historiografía francesa empieza a salir de París para conocer el libro en provincias. El primer historiador en asumir este reto fue Queniert en su trabajo sobre Rouen (1969) que ampliaría años más tarde a toda la Francia occidental.

En los años setenta se desarrolla el debate sobre el cuantitativismo. Las primeras críticas al método cuantitativo datan de 1966 y las formuló Furio Díaz en la *Revista Storica Italica*. Adriana Lay en un artículo de *Quaderni Storici* (1973) corroboró las reservas ante el cuantitativismo aplicado en términos demasiado rígidos. También Robert Darnton arremetía en un artículo publicado en *Daedalus* (1971) contra los criterios cuantitativos de Furet por considerar que se apoyaban en fuentes sobre las que se había ejercido la censura, lo que significaba “eliminar una parte importante de la producción libresco”. El inventario de libros publicado en el interior de un Estado no indica más que una parte —y la más conservadora— de los libros comprados y leídos. Darnton recomienda prestar atención a las sociedades tipográficas instaladas en las fronteras del reino, especializadas en la edición de libros prohibidos en el siglo XVIII (él maneja la documentación de la Sociedad Tipográfica de Neuchatel); a los grandes títulos de las Luces, y a toda una subliteratura política y pornográfica. Impresos masivamente, intro-

ducidos clandestinamente, vendidos de tapadillo, estos libros constituyen una parte importante de las lecturas francesas antes de la Revolución.

Las críticas al cuantitativismo han promovido el uso de nuevas fuentes y temas que, aunque larvados anteriormente, se empiezan a desarrollar en esta década de los setenta:

1) La historia de la edición. De la preocupación por los planteamientos de carácter nacional parece pasarse al estudio individualizado de determinados libreros. Ello ha permitido conocer desde los modos de financiamiento a la procedencia de los encargos editoriales y, en definitiva, constatar que “el antiguo régimen tipográfico” se extiende hasta 1830. Para entonces, ninguna innovación tecnológica había transformado las condiciones de la producción del libro.

2) El nacimiento de la bibliografía material o la historia física del libro: el interés por el libro como objeto, del formato a la compaginación, de la ilustración a la encuadernación. La historiografía americana ha trabajado mucho en esta dirección (Gaskell, Bowers, Kirsop), lo que ha permitido llegar a interesantes conclusiones, como la escasa incidencia de la revolución de la imprenta con apenas cambios formales en el tránsito del manuscrito o la vinculación del texto formal con la práctica de la lectura.

3) La sociología de la lectura. Salto dialéctico de la preocupación por la identificación social de los autores al interés por la valoración del posible consumidor. La línea iniciada por Roberto Escarpit abrió paso a toda una escuela de crítica literaria (con figuras como Jauss, Iser y otros) que tendrá enorme incidencia en los años siguientes.

Por último, conviene subrayar que aunque sea en la década de los setenta cuando se pone en revisión el cuantitativismo, éste sigue siendo el método usado por no pocos historiadores del libro. En particular, se intenta trasladar el modelo metodológico cuantitativista al mundo de las provincias francesas.

Los años ochenta se abren prácticamente con *Histoire de l'édition française*, obra magna dirigida por R. Chartier y H.-J. Martin (vol. I: 1982; vol. II: 1984; vol. III: 1985). La obra significa el precipitado final de toda una serie de investigaciones múltiples que permitían conocer las peripecias del mundo editorial francés hasta mediados del siglo XIX. Pero el interés de la historia del libro a lo largo de dicha década va a proyectarse del libro hacia la lectura. En este salto dialéctico desempeñará un papel trascendental Roger Chartier.

La significación de la obra de Chartier ha sido trascendental en la última década. Roger Chartier ha planteado los conceptos de cultura, del libro y de lectura en el Antiguo Régimen. Por lo tanto, ha reivindicado el salto cualitativo de la historia social de la cultura (modelo Hauser, que entendía la cultura como el producto derivado de la identidad social de los autores) a la historia cultural de lo social que se sitúa en el cruce fronterizo de la crítica textual (distanciándose en el mismo grado tanto del estructuralismo de Roland Barthes —que había matado a los autores sacrificándolos en el altar de los textos y reduciendo así las ciencias sociales al paradigma lingüístico—, como del subjetivismo del movimiento de liberación del lector; de Fish, que

considera la objetividad como una ilusión), la historia formal del libro y la sociología retrospectiva de la práctica de la lectura.

Chartier define la cultura como el conjunto de prácticas y representaciones por las cuales el individuo construye el sentido de su existencia a partir de unas necesidades sociales. Su concepto de representación se halla tan lejos de la historia de las ideas (a la alemana) como de la historia de las mentalidades (a la francesa) de la que lo separa su firme creencia en la lógica y la racionalidad (más allá de los tan famosos imaginarios o inconscientes colectivos) y su convicción de que toda representación implica una identidad previa real, objetivable. El referente de lo real siempre está presente.

En su elaboración del concepto de cultura, Chartier combate, y desde luego supera en su análisis, una serie de dicotomías que han supuesto auténticas trampas para los historiadores de la cultura (del dualismo objetividad-subjetividad y la confrontación producción-consumo a la no menos clásica contraposición culto-popular). Apuesta por el concepto de libertad de N. Elias —el hombre inscrito en la cadena de interdependencia que lo relaciona con otros hombres— entre la disciplina determinante y la libertad estratégica de elección (la línea más voluntarista que sigue, en cambio, Giovanni Levi). Elimina el círculo vicioso en el que tantos historiadores (de Gramsci a Mandrou pasando por Bajtín) han encerrado la dialéctica de la cultura sabia y la cultura popular para proponer una dinámica cultural fluida que se mueve entre los principios de la distinción y la divulgación y que se apoya en los conceptos de configuración, apropiación diversificada, producción de sentido, y convierte a la historia de la cultura en una historia de prácticas y usos, a partir siempre de unas necesidades. La aceptación de modelos y mensajes propuestos se opera a través de dispersión, de desvíos, de resistencias que manifiestan la singularidad de cada apropiación.

Respecto del concepto de libro, propone un concepto polivalente: mercancía, indicador de la cultura, artefacto estético..., demostrando que las motivaciones de su previsión son múltiples más allá de la lectura. Paralelamente, defiende la continuidad entre manuscrito e impreso, con lo que se minimiza la revolución de Gutenberg, y pone atención en una serie de cotas formales en la historia del libro antes no valoradas (siguiendo las directrices de McKenzie y Petrucci: tipología de la escritura, sustitución de las glosas por notas marginales, procedimientos de indexación, criterios de numeración, presentación de los textos a doble columna, ilustraciones, criterios de abreviaturas, costes, correlación espacios blancos-negros, formato).

De su concepto innovador de la lectura, merecen destacarse las siguientes aportaciones:

- 1) La revolución de leer precede a la del libro, en cuanto se trascendentaliza el paso de la lectura oralizada a la lectura silenciosa, íntima (siglos X-XIII), que establece el corte entre el leer y el decir.

- 2) La imprenta supondría una multiplicación del mercado de lecturas más que de lectores. Leyeron más los lectores de siempre. No hubo incorporaciones de nuevos lectores al mercado consumidor.

3) No se puede reducir la lectura a los libros. Leer es descifrar todo material impreso. La tipología de lecturas es múltiple: de texto y de imagen, íntima y pública, letrada y rudimentaria, secularizada y laicizada, intensiva y extensiva.

4) Pese a que hace años había defendido la cuantificación como método para el estudio de la historia del libro, sus prevenciones al respecto progresivamente han sido mayores. Libro poseído no implica libro leído. La lectura tampoco presupone la posesión del libro, la instalación del escrito en el corazón mismo de la cultura analfabeta, la importancia de la lectura menos culta, la jerarquización de la circulación sobre la posesión, la atención a la sociabilidad de la lectura, la importancia de la producción editorial no autorizada ya en forma de libros prohibidos o libros imitados.

5) Superación de las viejas preguntas de ¿quiénes son los lectores?, ¿cuántos?, ¿qué se leía?, por la de ¿cómo se lee? Pluralidad de los usos y lecturas de los textos comunes. La lectura “es una práctica inventiva y creativa que se apodera de los objetos individuales y les da unos sentidos, de ninguna forma reductibles a las únicas intenciones de sus productores”. Aunque existen estrategias editoriales que empiezan por fijar la propia materialidad de los impresos, buscando unas determinadas clientelas lectoras, las prácticas de la lectura llevaron a apropiaciones diferenciadas o a construcciones del sentido de los textos no coincidentes con la voluntad de los planificadores de la oferta. Los géneros literarios de amplio consumo (almanaque, tratado de buenas nuevas, opúsculos de preparación a la buena muerte) eran prácticas de lectura comunes a todas las clases sociales. El examen de la “Biblioteca Azul” ha permitido a Chartier cuestionar las fronteras de delimitación de la cultura sabia y la cultura popular. Esta preocupación por la lectura, por la “apropiación diferenciada”, ha generado múltiples líneas de investigación que van de Carlo Ginzburg a Claude Labrousse.

Sin embargo, la proyección historiográfica hacia la práctica y usos de la lectura a que tanto ha contribuido la obra de Chartier no ha sido la única línea de investigación desarrollada en la década de los ochenta. Analizaremos varias de estas líneas de trabajo:

1) Los autores. Se ha avanzado notablemente en el camino de la identificación de los mismos, precisando la naturaleza de sus carreras literarias, su educación, sus medios de vida.

2) Imprenta, edición y comercio. Se tiende al análisis de figuras concretas como hizo Martin Lowry con la imprenta de Aldo Manuzio.

3) El entorno sociocultural del libro. Éste ha sido objeto de atención de las obras de Daniel Roche, que ha podido precisar la composición y la actividad de las academias de las ciudades francesas en busca de las muestras de sociabilidad cultural de los siglos XVII y XVIII.

En conclusión, como balance final de la historia del libro parece que las preguntas sobre las que tenemos más capacidad de respuesta son: ¿quiénes son los lectores?, ¿cuántos?, ¿qué se lee? Y las respuestas a estas preguntas han venido de investigaciones macroanalíticas y microanalíticas. Los franceses, como ya hemos dicho, han sido los padres de la investigación del primer tipo. Los alemanes no les han ido a la zaga, gra-

cias a una fuente muy rica: los catálogos de la feria del libro de Frankfurt y Leipzig (desde mediados del siglo XVI hasta mediados del XIX). Los ingleses no han contado con fuentes comparables. Los americanos han utilizado la Bibliografía americana de Charles Evans (18 000 entradas de 1628 a 1783).

Las investigaciones microanalíticas han estado apoyadas fundamentalmente en los inventarios *post mortem*, muy utilizados en Francia y España. Esta fuente tiene mucho menos valor en Alemania, donde los notarios no fueron tan precisos. En Inglaterra se ha trabajado especialmente sobre listas de suscriptores, muy abundantes desde finales del siglo XVII hasta comienzos del XIX. Las listas de suscriptores sólo comportan normalmente los nombres de los lectores más ricos y los libros más en boga. Otra fuente cultivada ha sido la de las relaciones de bibliotecas de préstamo.

Nuevas preguntas se están planteando actualmente: ¿dónde se lee?, ¿por qué?, ¿cómo? Para la misma pregunta, nos aportarían mucha luz la iconografía (cuadro de Fragonard y Monet sobre lectoras, por ejemplo), la geografía del libro en las habitaciones de la casa que reflejan los inventarios, el conocimiento de los clubs de lectura o cafés literarios del siglo XVIII, el ahondamiento en los cálculos de sociabilidad de la lectura (de la plaza pública a la velada familiar pasando por la soledad de la biblioteca).

Los porqués de la lectura son complejos. Nos encontramos desde la lectura como ejercicio espiritual (la Biblia es el eje permanente en la Europa protestante) a la lectura puramente instrumental de libros jurídicos o científicos. En este sentido los índices de libros prohibidos e informes de censores para constatar la distinta peligrosidad de la lectura en relación con su función: la utilidad práctica siempre sería menos peligrosa que el entretenimiento ocioso, como el latín lo sería más que las lenguas vulgares; los libros de ciencia, más que el teatro. Como ha subrayado Darnton, la lectura, tal como se enuncia, consiste más en reconocer un texto ya conocido que en adquirir nuevos conocimientos. La lectura en clase es como la lectura alrededor del fuego: el recitado de un texto que todo el mundo conoce ya.

Para conocer una respuesta mejor a la última pregunta que nos planteábamos, cómo se lee, se pueden sugerir algunas posibilidades: estudios de los comentarios al margen de los textos que muchas veces se censuran, la evolución tipográfica de los libros, estudios de los prólogos y dedicatorias, etc., posibilidades que ampliarían notablemente el horizonte de nuestros conocimientos sobre un tema tan apasionante como la historia del libro.

Hasta aquí la trayectoria de la historia del libro a lo largo de las últimas décadas en Europa. Pero ¿qué podemos decir de la historiografía española al respecto? La historia del libro y de la lectura en España ha estado, en buena parte, condicionada por las precariedades de la historia de la cultura y de las mentalidades en nuestro país. Cuando hacia 1985 comenzábamos, por nuestra parte, a investigar sobre estos temas, los lastres de los que partíamos eran muy gravosos. ¿De dónde salíamos? Salíamos de una historia militante, comprometida políticamente, ideológicamente. Vivíamos bajo la sombra protectora del concepto de "historia" que habíamos devorado en el franquismo. Josep

Fontana había establecido en 1982 los criterios de la historia a seguir. Moreno Friginals nos había dictado en 1983 el sentido de la “historia como arma”.<sup>2</sup> La historia de la cultura había estado ciertamente cargada de prejuicios. Con Maravall en 1987 parecía haber muerto la historia de la cultura-mensaje, con toda su estela de connotaciones sociales que intentaba explicar los productos culturales en función de la dependencia institucional, de la servidumbre respecto de los grandes poderes de la Iglesia y el Estado. La historia de la cultura-erudición, modelo Batllori, seguía dándonos frutos demasiado desmigajados y vinculados con una adscripción social ciertamente de cultura oficial o de élites.<sup>3</sup> Desde sus respectivos miradores, Maravall y Batllori habían liberado —y eso debe resaltarse— a la historia de la cultura del secuestro de que había sido víctima por parte de la derecha tradicional. Porque, efectivamente, la historia de la cultura española ha estado tradicionalmente condicionada por los debates estériles entre conservadores y liberales, ya desde la segunda mitad del siglo XVIII, en torno a la valoración de los factores de represión o subdesarrollo cultural (la Inquisición, Felipe II o el nacionalcatolicismo). La izquierda, en su empeño en culpar a los demonios de siempre, se vio obligada a minimizar permanentemente el legado intelectual del Siglo de Oro. La derecha se encontró con el regalo de ser ella quien se encargara de glosar las excelencias de nuestra tradición intelectual. La historiografía franquista asumió literalmente el “menéndez-pelayismo” con toda su beligerancia épica en defensa de aquel supuesto pasado intelectual glorioso. Discretamente, desde la ambigüedad de su presunta condición de privilegiados del sistema y desde la ilusión del posibilismo, Maravall y Batllori se lanzaron a rescatar al “otro” pensamiento español: el de los contestatarios, utopistas, reformistas, rompiendo la imagen de la unanimidad oficialista del pensamiento español y la concepción esencialista de la cultura española como un sistema de valores orgánico y acercando, en definitiva, España a Europa. Maravall y Batllori superaron el viejo e inútil debate del “problema de España”, que tantas páginas hizo escribir a Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz y que se había deslizado por los senderos de la metafísica o la etnohistoria. El salto cualitativo de la biología de los caracteres nacionales a la interpretación sociológica o política constituyó toda una revolución en la historia de la cultura.

Pero por distintas razones, ni Maravall ni Batllori tuvieron discípulos continuadores de su obra, y en 1985 sus respectivos discursos parecían agotados. La historia de la cultura en España en los primeros años ochenta tenía como único referente progresista el sociologismo, aplicado con un criterio cada vez más mecánico y simplista. Dominaba aquello que Crouzet le reprochaba a Goldmann: sociologismo vulgar y perezoso, del que no faltan ejemplos ramplones en los años ochenta. El cuantitativismo aplicado a la historia de la lectura empezaba tímidamente a desarrollarse en España con más de

<sup>2</sup> J. Fontana, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Crítica, Barcelona, 1982; y M. Moreno Friginals, *La historia como arma*, Barcelona, 1983.

<sup>3</sup> Vid. la cronología sobre Maravall que publiqué en *L'Avenç* 102, marzo de 1987, pp. 60-61; y mi prólogo al libro de M. Batllori, *Humanismo y Renacimiento*, Barcelona, 1987. También el número monográfico dedicado por la revista *Anthropos* (núm. 112, 1990) dedicado al P. Miquel Batllori.

una década de retraso respecto de Europa gracias al aporte magistral de hispanistas franceses como los Berger, Lopez, Chevalier, Peligry, Bennassar y tantos otros. Los dos grandes temas de debate de la historia europea sobre la cultura (el debate respecto de la trascendencia *revolucionaria* o no de la imprenta y el de los orígenes intelectuales de la Revolución francesa) no habían sensibilizado para nada a los historiadores de la cultura en España. La historia del libro en España se había hecho siempre al margen de Europa. Las traducciones de las obras fundamentales sobre la historia del libro y la educación han brillado por su ausencia. La obra clásica de Febvre y Martin la tradujo Millares Calvo cinco años después de su publicación, pero al hacerse en una editorial latinoamericana su proyección en España fue escasa. La obra de Eisenstein ha tardado quince años en publicarse.<sup>4</sup> Y las grandes aportaciones de la historiografía francesa, anglosajona e italiana sobre estas temáticas esperan todavía editor español (desde los clásicos libros de Furet o de Martin hasta la obra de Graff, por citar algún ejemplo).

Y lo curioso del caso es que contamos con una excelente tradición bibliográfica, recopilativa de autores y títulos de libros, una tradición que habría que remontar a finales del siglo XVII (Nicolás Antonio) y que ha dejado la estela de obras tan valiosas como los catálogos y repertorios de Torres Amat, Gallardo, Haebler, Pérez Pastor, Aguiló, Simón Díaz, Simón Palmer, Aguilar Piñal, Palau Dulcet.

Esa tradición ha proyectado la mayor parte de sus esfuerzos al registro bibliográfico buscando sobre todo conocer la identidad de los libros editados en nuestro país, ya por ámbitos geográficos, ya por impresores determinados. Ha habido, al respecto, un enorme desgaste de energías en torno a debates bastante improductivos como el de determinar la procedencia del primer libro impreso en España. Las batallas de los narcisismos regionales en torno a esta trascendente cuestión han sido casi sangrientas (Barcelona, Valencia, Zaragoza y Segovia han sido las ciudades más implicadas en el conflicto) y la verdad es que la última palabra sobre el tema todavía no parece escrita.

La historia de las mentalidades, unida a la de la cultura, como un extraño piso sobreático añadido a la última planta braudeliana de las civilizaciones, todavía andaba en España en los primeros años ochenta en busca de legitimidad científica. La revista *Manuscrits* organizó significativamente el primer —y el que a la postre ha sido el último— encuentro de historiadores para analizar los pros y los contras de la historia de las mentalidades en nuestro país.<sup>5</sup> El resultado fue la evidente polarización de defensores y adversarios sin acercamiento alguno. Pesaba todavía la ideología y más aún que la ideología, la *representación* —concepto en ese entonces todavía prácticamente inédito en nuestro país— obligada de papeles respectivos de los historiadores entre sus correspondientes clientelas. La obligación de correspondencia a la demanda de significación apriorística que se atribuye a cada historiador ha contado mucho en el alineamiento posicional de los historiadores de nuestro país en este ámbito. Porque, con-

<sup>4</sup> L. Febvre y H.-J. Martin, *La aparición del libro*, México, 1962; E. Eisenstein, *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna en Europa*, Madrid, 1994.

<sup>5</sup> *Manuscrits* 2 (1985). Intervinieron J. Fontana, C. Martínez Shaw, J. M. Salrach y R. García Cárcel.



trariamente a lo que se ha pretendido decir, la querrela de la historia de las mentalidades ha tenido muy poco de batalla ideológica y mucho más de representación escenográfica con todo un aparato simbólico de significaciones, en buena parte heredada de la inercia del antifranquismo que ahora no podemos analizar aquí. El mejor testimonio de lo que decimos es que en los años ochenta los signos de apertura de un marxismo diferente avalaban más o menos tímidamente los conceptos de *mentalidades* o sus alternativas semánticas.

Vovelle, desde Francia, y Thompson, desde Inglaterra, se alinearon en la voluntad de adaptar las mentalidades a los supuestos previos ideológicos —significativamente, Vovelle intentó conjugar *Ideologías y mentalidades*— y abrieron campos de interés en el ámbito de la historia social, explicados por primera vez desde perspectivas “mentales”.<sup>6</sup> Por otra parte, la euforia que abrieron los trabajos clásicos de Le Roy Ladurie y Ginzburg respecto de la posibilidad de la documentación inquisitorial supuso una corriente de investigación enormemente productiva, de éxito, que a través de estas fuentes inquisitoriales exploró desde las tipologías de pecados y delitos que supuestamente caracterizarían a tal o cual sociedad hasta los perfiles y características de la llamada “cultura popular”. La defensa que Bennassar hizo de la historia de las mentalidades recordaba la trayectoria de tantos historiadores franceses e italianos de la historia económica a la nueva historia (Duby, Cipolla, Le Roy Ladurie, por citar los más significativos).<sup>7</sup> Lo cierto es que la tercera generación de *Annales* con Le Goff al frente, aun sin tener en España la clientela que tuvo la segunda generación de *Annales*, fue proyectando lentamente su influencia en España a lo largo de los años ochenta. El medievalismo sería su principal ámbito de difusión. En el ámbito de la historia moderna en nuestro país merecen citarse aquí los diversos *dossiers* que coordiné en *L'Avenç* (tema de la muerte, la religiosidad popular, las fiestas) e *Historia 16* (la historia de la mujer), de deuda convicta y confesa con la *nouvelle histoire*.<sup>8</sup>

En cualquier caso, reitero que el panorama de la historia de la cultura y de las mentalidades en 1985 permitía alimentar un cierto optimismo que, con excesiva ingenuidad, algunos sobrestimábamos. Las resistencias reaccionarias a la *nueva historia* de la cultura y de las mentalidades —pensábamos— podían superarse. Mi *Historia de Cataluña*, publicada en 1985, intentaba precisamente hacer un balance de lo que entonces sabíamos de esta nueva historia, para sentar las bases de las líneas de investigación que debían emprenderse.<sup>9</sup>

Pero en los comienzos de la década de los noventa comienzan a incidir en nuestro país los primeros síntomas de la crisis de la historia o, para ser más exactos, los prime-

<sup>6</sup> Vid. en este sentido la revista *Historia Social* 18 (1994), volumen dedicado al pensamiento de Thompson.

<sup>7</sup> B. Bennassar, “Historia de las mentalidades”, en *La historiografía en Occidente desde 1945*, Pamplona, 1985, pp. 155-165.

<sup>8</sup> La familia en *L'Avenç* 66 (1983); la muerte en *L'Avenç* 78 (1985); la religiosidad popular en *L'Avenç* 137 (1990); vid. M. Carrera, “La història de les mentalitats collectives a Catalunya”, *L'Avenç* 106, jul.-ag., 1987.

<sup>9</sup> R. García Cárcel, *Historia de Cataluña, siglos XVI y XVII*, vol. I, pp. 191-211 y 388-433.

ros ecos de la interpretación negativista de la historia en términos de crisis o decadencia. Porque lo que realmente ha hecho daño ha sido no la crisis sino la teoría —asumida fatalmente— de la presunta crisis.

¿Y qué crisis?

Una triple crisis que la historiografía ha asumido como la crisis de seguridad en los paradigmas referenciales que nos servían de cobertura de apoyo (la caída del muro y sus secuelas revisionistas respecto del marxismo: el fin de las leyes, el descubrimiento de la complejidad, el desmigajamiento del objeto histórico, la nueva historia débil) y respecto del estructuralismo (el cuestionamiento de la historia-tablero de ajedrez con la asunción del papel de los jugadores); la crisis de la función histórica (fin del teleologismo, de la historia-progreso con el triunfo del relativismo popperiano y la crisis de la modernidad entendida como la fe en la capacidad de integración de lo irracional en lo racional), y la crisis del mercado consumidor (el desinterés hacia una historia-formativa en beneficio del retorno de una historia narrativa anecdótica —que parece darle la razón a Stone con respecto a Hobsbawm— y de una historia conmemorativa convertida en mera mercancía folklórica para políticos oportunistas.<sup>10</sup>

Esta conciencia de la triple crisis tendrá especial incidencia en el ámbito de la cultura y las mentalidades. El tercer proyecto de *Annales*, embarrancado desde la crítica de Dosse, definitivamente se hunde. El *tournant-critique* de 1988 de *Annales* fue buen reflejo de la autocritica de la propia revista ante los retos planteados. El libro de Boutier-Juliá, *Passés-recomposés* (1995), es el testimonio de la situación de desconcierto que vive actualmente la historiografía francesa, de la cual se hizo eco recientemente la revista *Manuscrits* en un largo *dossier*.<sup>11</sup>

La historia de la cultura se ha visto, sin duda alguna, condicionada por la crisis de conceptos que tuvieron tanta difusión como el de cultura popular o de religiosidad popular. El adjetivo popular ha quedado sin referencias sociológicas de clase, sino tan sólo identificable con lo abundantemente consumido. Es popular aquello que es masivamente consumido. Es el mercado el que dictamina lo popular. Y naturalmente, en relación con el mercado, la cultura se convierte en espectáculo o en opinión. La fascinación por los *media* entierra definitivamente los mensajes. La progresiva influencia americana y la fascinación macluhanista por los *mass-media* (sólo ES aquello que es mediatizado; son los *media* los que legitiman la realidad) han trasladado a los historiadores de la cultura de la disección de los mensajes (contexto, texto, autores) a la exploración de los *media*, desde el mercado consumidor a las estrategias de producción y distribución de la mercancía cultural. El presente de la nueva historia de la cultura tiene un nombre propio: Roger Chartier, quien bautizó magistralmente esa nueva área de trabajo como la “historia cultural de lo social”. A través de aportaciones de sociólogos como Bourdieu o Elias, de antropólogos simbolistas como Geertz, de filósofos como

<sup>10</sup> Un diagnóstico de la situación puede verse en las actas del coloquio *La historia a debate* (Santiago, 1993), publicadas en 1995, vol. I, pp. 95-249.

<sup>11</sup> F. Dosse, *La historia en migajas. De los Annales a la Nueva Historia*, Valencia, 1988; *Manuscrits* 14 (1996), artículos de R. García Cárcel, C. Aguirre, C. Barros, B. Vincent, F. Dosse y B. Lepetit.

De Certeau, Chartier nos introduce en el concepto de representación colectiva, tomado en préstamo de Mauss y Durkheim, matizando y diversificando los mecanismos de percepción y juicio y las fronteras que atraviesan el mundo social. A partir de unas identidades objetivas referenciales, los hombres generan unas representaciones que configuran y producen el sentido de lo real.

El lenguaje no puede ser considerado como la exposición transparente de una realidad exterior o de un sentido dado previamente. Es, en su funcionamiento mismo, en sus figuras y sus acuerdos, como la significación se construye y la realidad es producida.<sup>12</sup>

El concepto de “representación” ha sido el más desarrollado en los últimos años. A partir de su sentido inicial, que no es otro que el de la imagen del objeto ausente, imagen condicionada por los mecanismos de percepción, valoración y dotación de sentido de los productos culturales, Chartier ha ido redefiniendo el término “representación”, estableciendo toda una baraja de posibles maneras de entenderlo. Ello lo ha llevado a abordar infinidad de matices y cuestiones derivadas de la problemática de la representación, desde el etnocentrismo de la lectura de Hansen, las tipologías de las comunidades de interpretación de Fish, las variaciones de los contextos, la dialéctica ideas-prácticas, etc.<sup>13</sup> El impacto de Chartier en la historiografía española ya lo he glosado en otro lugar. A lo que he dicho de él, me remito aquí.<sup>14</sup>

Otro historiador de gran incidencia en nuestra historiografía reciente ha sido Giovanni Levi, por más que él no sea historiador de la cultura propiamente dicho, sino que procede de la historia económica, a su vez muy influido por Polanyi y otros especialistas de la historia del mercado. Su libro sobre *La herencia inmaterial* ha enterrado el modelo Le Roy Ladurie de la historiografía inquisitorial que pretendía construir las señas de identidad antropológico-regionales de tal o cual comunidad a partir del salto cualitativo del pecar al ser. El proceso inquisitorial de 1697 iniciado en el Piamonte a un párroco local le permite a Levi reflexionar no sobre cómo son los piamonteses, sino sobre las relaciones interpersonales que le permiten penetrar en los sistemas de dominación, los conflictos, la herencia inmaterial de prestigio. Su camino ideológico es muy particular. Se distancia del marxismo en tanto que se constatan comportamientos no dictados por el imperativo económico de los recursos disponibles, que presidido por el teleologismo habitual había visto en el mundo mercantilizado del capitalismo la realización plena de la racionalidad económica, que sólo contempla la disponibilidad del esfuerzo en dirección a un objetivo, que no contempla la inercia o la irrelevancia en las relaciones, que cree en la permanente coherencia de intenciones y mecanismos psicológicos, que olvida a los individuos en beneficio de la presunta lógica de las

<sup>12</sup> R. Chartier, “El mundo como representación”, *Historia Social* 10 (1991), pp. 163-176; y “L’histoire aujourd’hui: doutes, défis, propositions”, *Historia a debate*, Santiago, 1995, vol. I, pp. 119-130.

<sup>13</sup> *Vid.* el último libro de R. Chartier publicado en español, *Escribir las prácticas*, Ed. Manantial, Buenos Aires, 1996.

<sup>14</sup> Prólogo al libro de R. Chartier, *El orden de los libros*, Barcelona, 1994, pp. 9-19.

leyes históricas. Pero se distancia, en el mismo grado, también de la historia de las mentalidades a la francesa en tanto que ésta partía de la supuesta irracionalidad de los comportamientos en función de inconscientes o imaginarios colectivos que rompían toda presunción de lógica histórica.<sup>15</sup>

La historia de las mentalidades se ha visto enormemente influida por la crisis o por la teoría de las crisis. El deconstruccionismo de Derrida y Vattimo con la bandera de la postmodernidad ha hecho estragos. La crisis del objeto de la historia total y sus connotaciones de rotundidad y determinismo ha dado paso a una historia desmigajada de variación y contingencia, en la que prima la incertidumbre como principio operativo; el progreso se ha visto cuestionado por la piqueta demoledora del relativismo; todas las estructuras sociales y mentales se han roto en el complejo mundo de las relaciones y la pluralidad de condiciones de alineamiento; lo social ha dado paso a lo singular, representativo o no; la concepción analógica se ha visto sustituida por la estrategia de arbitraje de alternativas de cambio posible; la explicación se ha aparcado en beneficio de la expectativa de comprensión, y el giro lingüístico (*semiotic challenge*) ha destrozado la vieja unión de la historia y las ciencias sociales. La literatura y la historia se han replanteado en profundidad sus relaciones y los géneros o disciplinas están perdiendo sus fronteras distintivas (recuérdese en este sentido a un Simon Schama). La movilidad social parece la aportación más constatable de esta historia neoliberal tan institucionalizada. Los nuevos temas de la historia de las mentalidades en los últimos años son profundamente representativos del agotamiento del territorio clásico de la *nouvelle histoire* y de la búsqueda de horizontes que, en muchos casos, pueden calificarse de esotéricos (cuerpos, gestos, colores, nombres, sensaciones).<sup>16</sup> Ante la situación, caben todo tipo de posiciones: desde el optimismo de Morales Moya en 1993 hasta la crítica dura de E. Moradiellos en el mismo año.<sup>17</sup>

Vivimos hoy ciertamente tiempos de redefiniciones y realineamientos. El revisionismo lo invade todo y los revisionistas de 1985 nos sentimos absolutamente desbordados. La duda metódica y no metódica ha dejado las vergüenzas dogmáticas al aire y ha obligado a alguna que otra autocrítica. Compárese al respecto la reflexión histórica de Fontana de 1982 y 1992.<sup>18</sup> La dicotomía de 1985 entre vieja y nueva historia hoy carece de sentido, y de existir alguna confrontación dialéctica en el ejercicio caótico y voluntarista en que se ha convertido este oficio de historiadores, aquélla no sería sino la determinada por el método o las formas, nunca por los temas ni por las ideologías subyacentes. El debate o mesa redonda que organizó *Manuscrits* en 1993 lo

<sup>15</sup> G. Levi, *La herencia inmaterial*, Madrid, 1990; *vid.* la entrevista que se le hizo en *Manuscrits* 11 (1993), pp. 15-29.

<sup>16</sup> *Vid.* mi artículo "Historia de las mentalidades e Inquisición", *Chronica Nova* 18 (1990), pp. 179-189.

<sup>17</sup> Morales Moya, "Historia y postmodernidad", *Ayer* 6 (1992), pp. 15-38; y E. Moradiellos, "Últimas corrientes en historia", *Historia social* 16 (1993), pp. 97-113.

<sup>18</sup> J. Fontana, *La historia después del final de la historia*, Crítica, Barcelona, 1992.

puso claramente en evidencia.<sup>19</sup> Pero veamos ahora cuál es la historia de la cultura y de las mentalidades que se hace en la actualidad en España.

Digamos, por lo pronto, que la historia de las mentalidades puede hoy considerarse finiquitada como tal, con ese nombre. De aquella explosión del inconsciente y del imaginario colectivo, de aquel permanente reconocimiento de los límites de la razón no queda nada serio. El libro de Theodore Zeldin es el testimonio del nivel degenerativo de aquella historia mental.<sup>20</sup> Hoy, más que la apuesta por el irracionalismo —que queda asignado como territorio de esoterismos y deficiencias de riego sanguíneo cerebral— parece dominar la conciencia de la pluralidad de razones que explican la realidad. No es la racionalidad ni la lógica lo que falla, es la racionalidad escolástica o la lógica reduccionista lo que ha mostrado sus insuficiencias. El camino del historiador no es el de explorar territorios metafísicos, sino especular con el conjunto de razones de todo tipo que determinan la conducta humana y que se mueven en el amplísimo espectro que separa el azar de la necesidad, conceptos no forzosamente dicotómicos sino, en ocasiones, cómplices. Y en esa exploración de la multirracionalidad posible, la historia de lo mental ha perdido su autonomía postiza —la que le dieron los hombres de la tercera generación de *Annales*— para integrarse de nuevo en la historia de la cultura, una vez que ésta ha perdido definitivamente su exclusiva adscripción intelectual. La contraposición ideología-mentalidad vovelliana hoy carece de sentido, barrida la frontera de la racionalidad como eje delimitador del horizonte cultural. Por eso me parece en cierto modo residual, de otro tiempo, la titulación del volumen que editó la Asociación Española de Historia Moderna en su reunión de Murcia de 1992: *Mentalidad e ideología*.<sup>21</sup> Por cierto, de las 27 comunicaciones de esta sección, sólo ocho encajarían dentro de una escolástica concepción de la disciplina de la historia de las mentalidades.

En esta especie de diluvio que ha sufrido la historia de lo mental, el concepto de “representación” se ha visto claramente afectado. Parece hoy generalizarse el uso del término en la segunda acepción (la escenográfica) de las planteadas por Chartier, la que la define como el conjunto de formas de exhibición —representación— de la identidad social a través de símbolos, signos e imágenes.<sup>22</sup> Y desde este punto de vista, sobreviven los temas de la muerte y de la fiesta, con todo su aparato ceremonial, proyectados, eso sí, no hacia el ámbito de lo popular, sino hacia lo cortesano, cuya problemática viene fascinando últimamente a los historiadores. C. Álvarez Santaló y F. Bouza son los grandes maestros de esta línea de investigación. Ambos colaboraron en el número 13 de *Manuscripts* (1995) dedicado a esta temática. José Luis Sánchez Lora, entre otros,

<sup>19</sup> “Taula rodona: la Història a debat” (R. Chartier, R. García Cárcel, G. Levi y S. Woolf), *Manuscripts* 12 (1994), pp. 151-175.

<sup>20</sup> T. Zeldin, *Historia íntima de la humanidad*, Madrid, 1996.

<sup>21</sup> L. C. Álvarez Santaló y C. Cremades, *Mentalidad e ideología en el Antiguo Régimen*, II Reunión Científica de la Asociación Española de Historia Moderna, 1992, II vols., Murcia, 1993.

<sup>22</sup> Las definiciones de R. Chartier en *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, 1992, pp. 57-58; y *Escribir las prácticas*, Buenos Aires, 1996, p. 78.

se ha dedicado al desentrañamiento de la fenomenología religiosa. El rito y la ceremonia de la fiesta, tanto religiosa como laica, han merecido también la atención sobresaliente de historiadores brillantes como Eliseo Serrano y María Pilar Monteagudo.

El concepto de “representación” en su primera versión parece tender a denominarse con el genérico *percepción*. Y en este frente, la investigación se ha proyectado casi obsesivamente a los problemas de *opinión*, de configuración de la opinión pública, la naturaleza espontánea o dirigida de esa opinión, sus fluctuaciones, etc. El viejo trabajo de J. Elliott en 1977 sobre la introspección y la decadencia en la España del siglo XVII continúa siendo un referente de esa línea de investigación.<sup>23</sup> Teófanos Egido es, en dicho territorio, el gran maestro, desde sus estudios clásicos sobre literatura panfletaria o clandestina. Ésta es la línea de investigación más seguida en Cataluña, sin duda, gracias a que cuenta con la fuente preciosa de los *Fulletts Bonsoms* de la Biblioteca de Cataluña.

Los trabajos de publicística se han vinculado sobre todo con dos hitos básicos de la historia de Cataluña: la revolución de 1640 y la guerra de Sucesión, en busca, sobre todo, del proceso de elaboración de la conciencia nacional catalana. El grupo de historiadores del Departamento de Historia Moderna de la Universidad Autónoma de Barcelona ha llevado a término una labor inmensa en este campo. La tesis doctoral de R. María Alabrús sobre la publicística de la guerra de Sucesión constituye la última de las aportaciones de este grupo.

En este territorio de la *percepción* se ha seguido trabajando mucho sobre la historia de la mujer, en busca de la codificación de los discursos masculinos sobre ésta (desde los clericales hasta los literarios o los políticos) todavía con excesiva dependencia de las fuentes literarias, olvidando sus muchas limitaciones (confusión entre información y opinión, identificación entre referencias deudoras de la tradición literaria, de la creación intelectual del autor o de la coyuntura del tiempo del autor o de la obra). Esta historia se encuentra, en cualquier caso, en busca de nuevas fuentes. Las viejas referencias de los Menochio o Martin Guerre han dado paso a nuevas voces de aquellos tiempos. Procesos judiciales como los estudiados por Judith Brown y Gene Bruker, dietarios, memorias, autobiografías están propiciando nuevas posibilidades para el estudio de la mujer. De su éxito editorial es buen reflejo la serie *La mujer...* que Alianza publicó paralelamente con la de *El hombre...*<sup>24</sup> Mary Nash ha hecho un balance sobre la historia de la mujer en los últimos años que me exime aquí de cualquier intento de elaborar un estado de la cuestión al respecto.<sup>25</sup>

<sup>23</sup> Este artículo se publicó en *Poder y sociedad en la España de los Austrias*, Barcelona, 1982.

<sup>24</sup> No han tenido en España el éxito que merecían los libros de Judith Brown, *Afectos vergonzosos: sor Benedetta, entre santa y lesbiana* (Barcelona, 1989), ni los de Gene Bruker, *Giovanni y Lusanna: amor y matrimonio en el Renacimiento* (Madrid, 1991), quizá porque se tradujeron con retraso. En España dicha línea está muy bien representada por M. H. Sánchez Ortega. Destaca su último libro *Pecadoras de verano, arrepentidas de invierno*, Madrid, 1995.

<sup>25</sup> M. Nash, “Una década de historia de la mujer en España. Una reconsideración”, *Historia social* 9 (1991), pp. 137-161.

Este ámbito de la percepción ha generado estudios sobre los mecanismos reactivos que los condicionamientos de la imagen suscitan. Sobre todo, se ha desarrollado el concepto de estrategia con toda su carga de optimismo voluntarista y liberal en la investigación sobre las actitudes ante la muerte y sobre todo en el horizonte de estudios sobre la familia.

En el primer caso, el mejor historiador sobre esta temática ha sido J. L. Betrán. Su tesis-libro nos libera de las estériles polémicas respecto de la supuesta descristianización que tanto atormentaron a los maestros franceses y que han generado infinidad de estudios en España en la última década.<sup>26</sup> Salvo el modelo balear y el aragonés —y ello pese al magnífico coloquio organizado por la Institución Fernando el Católico y coordinado por E. Serrano en Zaragoza sobre muerte y religiosidad popular—, puede decirse que hoy contamos con conocimientos de las actitudes ante la muerte en todas las regiones españolas, siguiendo el modelo vovelliano. El último libro que merece citarse en esta línea es el de Martínez Gil.<sup>27</sup> Pues bien, J. L. Betrán no sólo penetra en la preparación testamentaria de la muerte, sino que analiza la estrategia de la lucha contra la muerte, de la lucha por la vida, a partir de las grandes aportaciones teóricas y metodológicas de la historiografía italiana al respecto.<sup>28</sup> En esta batalla por la supervivencia han tenido gran desarrollo en España los trabajos sobre inclusión y exclusión. Con una importante tradición historiográfica sobre marginación, la influencia de Foucault y otros historiadores ha llevado a los historiadores españoles a este campo, donde se han juntado los interesados en la marginación sexual o social (Vázquez García, Carrasco) y los conocedores de la tipología de las formas de coacción y preservación del sistema frente a los marginados. El gran historiador de todo este territorio es, sin duda, Pablo Pérez García.<sup>29</sup>

Pero, como decíamos, el concepto de “estrategia” se ha polarizado en los últimos años, sobre todo hacia el ámbito de los comportamientos familiares. Temas como el del papel del amor ante la concepción del matrimonio impuesto por los padres y la actitud de la Iglesia al respecto, el fracaso conyugal, la función de la ética religiosa y las prácticas sexuales anticonceptivas en las fluctuaciones de la fecundidad y la natalidad, la génesis del cariño hacia los niños, fueron los grandes problemas abordados por la historiografía europea de la familia en los últimos 20 años. Aquí, con retraso, esta problemática se ha abordado sobre todo en el ámbito extremeño (Testón, Hernández Bermejo), castellano (Mantecón, Lorenzo Pinar) y murciano, donde el papel de Francisco Chacón como gran maestro de la historia de la familia en España es incuestionable.<sup>30</sup>

<sup>26</sup> J. L. Betrán, *La peste en la Barcelona de los Austrias*, Lérida, 1996.

<sup>27</sup> F. Martínez Gil, *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, Madrid, 1993.

<sup>28</sup> Vid. mi prólogo al libro de J. L. Betrán, pp. 17-34.

<sup>29</sup> P. Pérez García, *La comparsa de los malhechores. Valencia, 1479-1518*, Valencia, 1990; *id.*, *La justicia criminal de Valencia, 1479-1707*, Valencia, 1991.

<sup>30</sup> F. Chacón, “Nuevas tendencias de la demografía histórica en España: las investigaciones sobre historia de la familia”, *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica* ix-2 (1991), pp. 79-98; *id.*, “La historia de la familia. Debates metodológicos y problemas conceptuales”, *Revista Internacional de Sociología* 11 (mayo-agosto), pp. 5-20.

Un trabajo reciente de Javier Antón Pelayo nos puede servir como balance de todas las investigaciones que al respecto se han venido desarrollando.<sup>31</sup> En el territorio de la percepción viene desarrollándose últimamente el concepto de *invención*, con singular atención a los problemas de manipulación de la memoria nacional. El imaginario abstracto, sin referencia objetiva, ha dado paso como objeto de atención historiográfica a la invención, la construcción de artefactos intelectuales en los que depositar la propia fe. La invención del Purgatorio y demás lugares del imaginario religioso han dado paso a invenciones sociopolíticas centradas en la propia identidad. El *dossier* de *Manuscrits* (núm. 12) se dedicó a esta temática;<sup>32</sup> también *L'Avenç* dedicó uno de sus números casi monográficamente a ello.<sup>33</sup> Últimamente parece hablarse de invención tanto para referirse a Europa como a la propia España.<sup>34</sup> Incluso Jaime Contreras se ha interesado también por este concepto en su trabajo sobre genealogía y limpieza de sangre reconstruyendo los procesos de invención de la memoria del linaje.<sup>35</sup>

El concepto de "representación" en su versión inicial de aplicación de la interpretación mediática subjetiva al objeto cultural se ha polarizado básicamente hacia el ámbito de la crítica textual, dentro de la problemática, en definitiva, de la multiplicidad de lecturas del texto.<sup>36</sup> Los riesgos del desprecio hacia la realidad objetiva del texto en beneficio de los excesos del movimiento de liberación del lector y la anarquía liberal, las puso de relieve Angelo Torre en sus críticas a Chartier.<sup>37</sup> Los matices y precisiones de Chartier respecto de las prácticas y las representaciones no pueden ocultar un cierto repliegue de la euforia interpretativa y subjetivista que jerarquizaba siempre la lente del ojo lector sobre el texto escrito. En cualquier caso, la historia del libro y en particular de la lectura constituye el área que mayor y mejor desarrollo está teniendo.<sup>38</sup> El problema que en dicho terreno ha inquietado permanentemente a la historiografía sobre historia del libro en España ha sido el de la homologación de España a Europa, el síndrome comparativo derivado del fantasma de la leyenda negra. ¿Ha sido España furgón de cola en la Europa de las tres velocidades de alfabetización de que escribió Cipolla? Evidentemente, el peso de la tradición weberiana ha contribuido a dramatizar tradicionalmente el supuesto subdesarrollo cultural respecto de

<sup>31</sup> J. Antón, "Comportamientos familiares y actitudes culturales durante la época moderna", *Studia Historica*, Salamanca, en prensa. Otro estado de la cuestión: P. Muñoz López, "La historia de la familia en la reciente bibliografía europea", *Historia local*, 21 (1995), pp. 145-55; T. Hareven, "Historia de la familia y la complejidad del cambio social", *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XIII-1 (1995), pp. 99-149.

<sup>32</sup> *Manuscrits* 12 (1994), artículos de A. Elorza, A. Simón Tarrés, A. L. Cortés Peña y C. Barros.

<sup>33</sup> *L'Avenç* 182 (junio de 1994).

<sup>34</sup> I. Fox, *La invención de España*, Madrid, 1997; E. Todd, *La invención de Europa*, Barcelona, 1995.

<sup>35</sup> J. Contreras, "Linaje y cambio social. La manipulación de la memoria", *Historia social* 21 (1995), pp. 105-125.

<sup>36</sup> La única excepción que podemos citar es el pequeño libro de Antoni Riera *et alii*, *Representación de la sociedad en la historia*, Univ. de Valladolid, 1991.

<sup>37</sup> La polémica de R. Chartier y A. Torre en *Quaderni Storici*, 92 (agosto 1996).

<sup>38</sup> La mejor expresión de la actual historia del libro en España es F. Bouza, *Del escribano a la biblioteca*, Madrid, 1992.



Europa. La España de Felipe II y la Inquisición no podían sino propiciar discursos cargados de pesimismo victimista.

Bennassar para el siglo XVI, Kagan y Kamen para el siglo XVII y López para el siglo XVIII han contribuido a levantar el complejo de inferioridad. El concepto de Contrarreforma se ha redimensionado y Trento ha dejado de ser el paradigma del integrismo ideológico para convertirse en hito fundamental de una formidable operación de rearme clientelar, de despliegue mediático paralelo —aunque con retraso— al gran proyecto educativo del calvinismo. La discusión entre optimistas y pesimistas ha ido abandonando el territorio ideológico para asentarse más en cuestiones técnicas y económicas. Así la polémica Jaime Moll-François Lopez de 1980 se desliza hacia los problemas de la industria editorial como el raquitismo empresarial, los costes del papel, las mecánicas de la propia impresión, que tanto Moll como Péligrý subrayan en toda su negatividad mientras que tanto Lopez como Luis Gil parecen incidir más a la hora de buscar responsabilidades en la política de la monarquía.

Esto ha trasladado la polémica al ámbito político por la ofensiva de los últimos años de los historiadores profelipistas, que tanto en el terreno de las artes (Checa Cremades) como en las ciencias (Goodman) y la propia producción impresa (Bouza, Voet) nos vienen dando en los últimos años una visión extraordinariamente favorable de Felipe II.

Conviene también subrayar que las interpretaciones más optimistas sobre la alfabetización y posesión del libro han trasladado a épocas mucho más tardías (la Ilustración en la segunda mitad del siglo XVIII o la desamortización) el punto de partida del desenganche español respecto de Europa. Parece la venganza de los modernistas sobre los historiadores contemporaneístas o el ajuste de cuentas de la historiografía conservadora sobre la progresista que típica y tópicamente había juzgado favorablemente, desde un punto de vista ideológico, hechos como la desamortización, y ahora se ve obligada a reconocer el catastrofismo cultural que supuso.

Esta antigua preocupación por la valoración positiva o negativa de la cultura española en relación con Europa ha conducido tradicionalmente a los historiadores españoles a estudiar de manera prioritaria los temas de legislación y censura. Desde el viejo libro de Eguizábal (1879) a los trabajos más recientes de Pardo Tomás sobre la censura,<sup>39</sup> han sido múltiples los esfuerzos dedicados al conocimiento de los mecanismos de control jurídico sobre el libro que, actualmente, han desembocado en la incidencia de la Inquisición sobre la cultura, reproduciendo el antiguo debate sobre la ciencia en España. Hoy, a este respecto, parece desde luego que las inquietudes de los historiadores, asumida la valoración negativa del impacto inquisitorial sobre la cultura, se proyectan esencialmente hacia la matización o la precisión del grado de eficacia diferencial de la Inquisición sobre los distintos sectores de la cultura (sobre todo, discerniendo el presunto desfase entre la norma política y la práctica lectora con el

<sup>39</sup> J. Pardo Tomás, *Ciencia y censura. La Inquisición española y los libros científicos en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1991.

análisis de las distintas estrategias de supervivencia cultural). Por otra parte, también se intenta huir de la simple descalificación ideológica de la censura para intentar penetrar en los mecanismos de la *lógica* que amparó o guió sus criterios (personal, corporativa, coyuntural, estructural). Sigue siendo un reto reconstruir la racionalidad inquisitorial.

La dialéctica España-Europa hoy parece haber sido desplazada en cualquier caso por la dialéctica Estado-nación. Los nacionalismos a que nos referíamos antes ya no constituyen exaltaciones narcisistas de lo propio frente a lo ajeno, sino que han devenido redes de poderes locales con sus propias estrategias clientelistas que de hecho están teniendo importante incidencia en el ámbito de la historia local. La euforia de esta historia ha seguido adelante viento en popa, como lo acreditan los congresos internacionales de historia local que organiza *L'Avenç*: (1991, 1993, 1995) o el Centro de Estudios de Historia local de Valencia que publica *Taller d'història*.

En los últimos años, sin embargo, no han faltado las reservas estatistas por parte de algunos historiadores. Citaré aquí sólo las críticas de Fusi, Julián y de Pro Ruiz. Este último escribió lo siguiente significativamente:

Pero el problema fundamental del predominio de la historia regional y local en España viene por otro lado. La dispersión de programas de investigación, la diversidad de problemáticas, la tendencia a resaltar las diferencias irreductibles, todo ello hace que los debates se organicen a una escala más amplia. De esa manera, se levantan barreras artificiales a la comunicación de los resultados científicos y se cierran puertas a la posibilidad de contrastar puntos de vista, comparar resultados y alcanzar dialécticamente conclusiones de síntesis. Las historiografías regionales se ven acosadas continuamente por el fantasma del provincianismo, amenazadas por el peligro, que se puede conjurar con una vigilancia constante (que creo que desde siempre han practicado los mejores exponentes de esas historiografías regionales), con un esfuerzo de moderación y de autocrítica que ha de partir inexcusablemente de la renuncia a hacer una historia nacionalista. Nunca a la complacencia con prejuicios ideológicos del signo que sean puede generar otra cosa sino historiografías de mala calidad que tergiversan el pasado al servicio de objetos políticos (muchas veces no confesados).

En la situación actual de la historiografía española lo que predominan son estas escuelas historiográficas regionales, trabajando en gran medida desde su aislamiento, por mucho que se reúnan en congresos para poner en escena diálogos de sordos. No es posible entablar un diálogo racional y clarificador en el que se respete el principio socrático de que el *ser es* y el *no ser no es*, mientras se sigan escuchando discursos historiográficos que limitan estrictamente la validez de sus conclusiones al contorno de las fronteras de su región o provincia. Sin embargo, no creo que la historiografía española esté condenada necesariamente a esta *balcanización*. Para superar este abuso del localismo, que obstaculiza el progreso de la historiografía, cabe pensar en un acercamiento a las realidades del pasado menos cargado de prejuicios nacionalistas y menos obsesionado por la idea de un territorio compartimentado en unidades de contornos eternos e infranqueables.<sup>40</sup>

<sup>40</sup> J. Pro Ruiz, "Sobre el ámbito territorial de los estudios de historia", *Congreso internacional Historia a Debate*, Santiago de Compostela, 1995, vol. III.

¿Qué decir al respecto? Me remito, por su ecuanimidad, a las palabras de Bernardo Hernández en su reciente valoración de la historia local para la que este historiador reivindica “un marco teórico y metodológico coherente y ajustado a unos criterios comparativos para superar sus límites espaciales y apostar por la consolidación agregada de una historiografía local europea”.<sup>41</sup>

Curiosamente, a pesar de todo lo que se ha desarrollado la historia local, permanecen raquitizadas la microhistoria y las investigaciones que aplican una reducción de escala analítica (el microscopio frente al telescopio) con independencia de las dimensiones del objeto. Serra y Pons han fustigado la pereza mental de los historiadores españoles en dicho terreno. El destino de la única colección específicamente dedicada a publicar este tipo de libros es un buen reflejo de la triste realidad. ¿Ha asfixiado, como piensan algunos, la historia local en nuestro país a la microhistoria? Es posible. En cualquier caso, la historia de la cultura catalana ha tenido en los últimos años un extraordinario desarrollo gracias a la potenciación de la investigación en marcos urbanos específicos. Barcelona, Gerona y Mataró han sido los escenarios donde han recalcado las mejores investigaciones sobre la historia de la cultura, como veremos. Evidentemente, la historiografía de la cultura tendrá que recurrir a la microhistoria para analizar las relaciones de las élites que la producen, su estrategia comunicativa y su movilidad. Se trata de ahondar en los mecanismos de estructuración de las relaciones interpersonales en redes de amigos, parientes, vecinos, compañeros de trabajo, contactos sociales, establecidos en función de vínculos primarios y secundarios que nos permitan estudiar el patronazgo y las clientelas, los enlaces sociales y los grupos de presión o *lobbys* que articulan la producción y el consumo cultural. De momento, tengo la impresión de que estamos lejos de ello. La apuesta de los historiadores culturalistas se ha proyectado claramente hacia los inventarios notariales, aun asumiendo todos sus conocidos problemas metodológicos (representatividad, precariedad informativa), en busca de conocimientos sobre alfabetización y posesión del libro, los dos objetivos estelares de la investigación cultural actual.

Se han empleado muy poco las fuentes inquisitoriales para el estudio de la historia de la lectura. En este sentido, la tesis de la portuguesa Rita Marquilha constituye un referente fundamental a seguir.<sup>42</sup>

Afortunadamente, eso sí, con retrasos se van abriendo nuevos frentes. En particular, los diarios y memorias personales que vienen promocionando James Amelang<sup>43</sup> y A. Simón Tarrés<sup>44</sup> ofrecen enorme cantidad de posibilidades. La primera y principal es

<sup>41</sup> B. Hernández, “De la historia local a la microhistoria”, *Iber* 12 (1997).

<sup>42</sup> R. Marquilha, *Leitura e escritura em Portugal no século XVII*, Lisboa, 1996.

<sup>43</sup> J. Amelang, “Los usos de la autobiografía: monjas y beatas en la Cataluña moderna”, en Amelang-Nash, *Historia y género. Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Valencia, 1990, pp. 191-212.

<sup>44</sup> A. Simón Tarrés, “Memorias y diarios personales de la Cataluña moderna”, *Historia Social* 2 (1988), pp. 119-134.

ahondar en el estudio de la cultura política, según el modelo Pocock, que en nuestro país no había tenido la menor difusión y que ahora parece aquí tener alguna influencia sobre todo en el marco del conflicto de la revolución catalana de 1640 y de la guerra de Sucesión.

La labor de A. Simón Tarrés, particularmente centrada en el estudio de la revolución de 1640, ha sido inconmensurable. En cualquier caso, es evidente que toda la historiografía española de la cultura adolece de una cierta alergia a la dependencia literal del texto. De ahí que ni las diversas formas del estructuralismo, la hermenéutica o la semiótica hayan prosperado fuera del ámbito de la filología pura. Aquí el contexto se ha priorizado siempre respecto del texto y éste ha sido en realidad el pretexto para dar salida a la ideología siempre presente en el debate sobre el concepto de Cataluña y España y su dialéctica.<sup>45</sup>

Las requisitorias de L. Esteban Matero y A. León han quedado desoídas. El panorama que brinda M. T. Nava es bastante desalentador. La última historia de la educación en España es penosa.<sup>46</sup> La euforia historiográfica de estudios universitarios que siguió a los debates anglosajones en torno a la supuesta "revolución educativa" del siglo XVII, y que tuvo a los hermanos Peset en España como sus principales animadores, no ha tenido excesiva proyección en Cataluña. Sólo la tesis de J. Prats, revisando tópicos sobre Cervera, y la próxima tesis doctoral de A. Fernández sobre la Universidad de Barcelona en el siglo XVI rompen la pauta del desinterés apuntado. Las Academias de Desconfiats y de Buenas Letras tampoco gozan de estudios monográficos profundos. El balance de los estudios sobre educación primaria en Cataluña que nos ha presentado Javier Burgos en su tesis es, si cabe, más desolador que el de los estudios de educación superior. Y no será porque falten sermones, guías espirituales, directrices pedagógicas manuscritas e impresas, que sobre todo en los siglos XVII y XVIII nos permitirían reconstruir el reciclaje pastoral desde la Contrarreforma hasta la Ilustración.

En los últimos años, la línea de investigación más productiva en el ámbito de la historia de la cultura ha sido, sin duda, la historia del libro, y ello en especial en el ámbito catalán, sobre todo a través de las tesis doctorales de Manuel Peña, Javier Burgos y Javier Antón.

Javier Antón aporta un porcentaje de alfabetización muy alto en la Gerona del siglo XVIII (un 57.59%; 77.63% hombres, 22.31% mujeres). Javier Antón ha sido el historiador que mejor ha intentado responder a la crítica de Levi respecto del olvido de la familia en los análisis históricos de la alfabetización. Tan sólo en Italia se han hecho

<sup>45</sup> Véase la última expresión del debate en el número 15 de la revista *Manuscrits* (1997) con motivo del homenaje a John H. Elliot. Me parece extraordinariamente valioso el análisis lingüístico del proceso inquisitorial a un alumbrado que ha hecho Javier Pérez Escohotado.

<sup>46</sup> J. Ortega Esteban, "Hacia un modelo historiográfico de las historias de la educación nacionales y regionales", *Historia de la educación. Revista interuniversitaria* 6 (1987); y T. Nava, "Especificidad y debate en torno a una historia social de la educación", *Cuadernos de Historia Moderna* 12 (1991), pp. 241-253; A. León, *La historia de la educación en la actualidad*, París, 1985; L. Esteban, "Presente, pasado y futuro de la historia de la educación", II *Coloquio de la Historia de la Educación*, Valencia, 1983; B. Delgado (coord.), *Historia de la educación en España y América*, Madrid, 1993.

estudios comparativos entre las competencias letradas de padres e hijos y miembros del grupo familiar (Attilio Bartolì Bangeli y Ángela Frascadote, a partir de los estudios paleográficos de la letra de una misma familia; o Daniele Marchesini, en función de la cuantificación de las inscripciones que aparecen en los contratos matrimoniales italianos con la firma de los contrayentes y sus padres desde principios del XIX).<sup>47</sup> Pues bien, Javier Antón en la Gerona del siglo XVIII ha investigado sobre las estrategias culturales y voluntades gráficas que se consolidan cuando la estabilidad de la familia permite inversiones inmateriales.

Montserrat Ventura aporta cifras para Mataró que oscilan entre 34.1% (54.3% hombres y 8% mujeres) en 1750-1754 y 47.1% (63.9% hombres y 24.3% mujeres) en 1796-1800. Las limitaciones de las fuentes manejables para cuantificar los registros de firmas en la documentación notarial (sólo se obliga la firma en Barcelona desde 1760) promueven el planteamiento de conceptos alternativos como el de la familiaridad con el escrito, el grado de presencia de textos escritos de tipo diverso entre los inventarios. Manuel Peña, para el siglo XVI, registra un porcentaje de este concepto en torno al 23% (clero: 90%, profesiones liberales: 70%, nobleza: 60%, mercaderes: 55%) y José Luis Betrán y Antonio Espino cuantifican hoy este concepto en el siglo XVII en un 38.83%.

Actualmente, más que la alfabetización, tiende a estudiarse la posesión del libro a partir de los inventarios *post mortem*. El conjunto de inventarios manejados por los trabajos de investigación que aquí comentamos ha sido muy notable en comparación con el número de los esgrimidos en las principales ciudades europeas y españolas. Diré, al respecto, que M. Peña para el siglo XVI utiliza 3 420 inventarios, siguiendo el criterio de seleccionar notarios (39% de los notarios barceloneses de su época), como J. Lamarca para la Valencia del siglo XVIII; Javier Burgos para el siglo XVIII sigue el criterio de las calas cronológicas (1727-1729, 1764-1766, 1783-1785, 1792-1794, 1795-1797) hasta contabilizar un total de 2 243 inventarios; Javier Antón, para la Gerona del siglo XVIII, cubrió todos los inventarios (676, en total) del periodo 1747 a 1807. José Luis Betrán y Antonio Espino pretenden vaciar exhaustivamente todos los inventarios del siglo XVII. Hasta el momento, tienen prácticamente concluido el vaciado de la primera mitad de este siglo con más de 3 000 inventarios examinados. En conclusión, pues, podemos decir que la cantidad de inventarios analizados en Barcelona está incluso por encima de los techos que, hasta el momento, teníamos de Queniart —más de 5 000— y Marion —3 708— y, sobre todo, un espectro cronológico amplio en el que pretendemos conocer a fondo toda la época moderna.

Los modelos metodológicos de estas tesis han sido distintos. Desde la euforia cuantitativista de la tesis de Javier Burgos (1993) a la tesis de Javier Antón (1996), mucho más cercana a las inquietudes cualitativas de la historiografía italiana, me parece cons-

<sup>47</sup> A. Bartolo Langeli y X. Toscani, *Istruzione, alfabetismo, scrittura. Saggi di storia dell'alfabetizzazione in Italia (XV-XX)*; D. Marchesini, "La fatica di scrivere", en G. P. Brizzi, *Il catechismo e la gramatica*, Bolonia, 1985, pp. 83-169.

tatar un cierto deslizamiento metodológico que —creo— responde a la propia evolución de la historiografía en los últimos años.

Las preguntas clave a las que han intentado responder las referidas tesis son: *¿Cuántos? ¿Quiénes? ¿Qué?*

La primera es: *¿cuántos poseían libros?, ¿cuántos libros poseían aquellos que tenían alguno?* Las cifras son claras. En Barcelona en el siglo XVI, el 26.6% de los inventarios poseía libros; en el siglo XVII, sería el 23.15% y en el XVIII, el 35.15%. En Gerona, en el siglo XVIII este porcentaje ascendería al 35.35 por ciento.

Las cifras catalanas (en particular las del siglo XVIII) son notablemente altas respecto de las del resto de España; muy por encima de las de Valencia de Jenaro Lamarca, las de Sevilla de Álvarez Santaló, las de Salamanca de Wernaga o las de Lorca de Pedro Moreno. Sólo el Oviedo de Roberto López ofrece cifras superiores (37%). Comparadas con las cifras europeas, puede decirse que Cataluña está por encima de las medias francesas (sólo la del oeste de Francia está a la misma altura) e italianas (Piacenza sólo refleja un 19.27%), aunque evidentemente muy por debajo de los elevados niveles de posesión del libro en las ciudades alemanas. ¿La religión protestante condicionó tan alta posesión del libro? Si la cultura religiosa tradicionalmente apoyó y vehiculó su devoción por la vía iconográfica, ¿proyectó más la protestante su fervor piadoso a través de los libros?

Recorriendo la evolución del siglo XVI al XVIII, la progresión en la posesión del libro es notable, con posibles signos de recesión en el siglo XVII que parecen apuntar una pequeña crisis en la posesión del libro en este siglo. Pero todavía es prematuro trascendentalizar las cifras provisionales de que disponemos. El incremento cuantitativo de la posesión del libro en el siglo XVIII es irregular. En la Gerona del siglo XVIII, del arco cronológico analizado por Javier Antón, el periodo con cifras más altas es el de 1757-1766 (43.8%) y el de cifras más bajas, el de 1787-1796 (31.06%). En la Barcelona del siglo XVIII, el porcentaje de inventarios con libros evolucionó del 26.9% al 40.5% de 1727 a 1795.

En general, puede decirse que el número de libros presentes en los inventarios barceloneses revela un número de bibliotecas pequeñas mayor que el de ciudades de que tenemos información al respecto. Más bibliotecas pequeñas y menos grandes. Las grandes bibliotecas fueron patrimonio exclusivo de las profesiones liberales. En cualquier caso, la progresión de libros en los inventarios es patente a lo largo del tiempo. En el siglo XVI se pasa de la media de 15.66% de 1473-1500 a la de 35.28% en la segunda mitad del siglo. La información al respecto en el siglo XVIII es particularmente compleja por cuanto en los inventarios se incluyen frecuentes denominaciones genéricas a conjuntos de libros sobre los que resulta muy arriesgado especular acerca de las cifras que infieren.

La segunda gran pregunta que se plantean los investigadores de la posesión del libro es: *¿“quiénes” fueron los poseedores de los libros?* La diversificación sexual es mucho más acusada en el siglo XVI que en el XVIII, lo que hace pensar que la Ilustración comportaría un incremento de la posesión del libro en las mujeres (¿revolución

feminista?), con una notable reducción del desfase hombres-mujeres en cuanto a la posesión del libro.

La distribución social de la posesión del libro en Barcelona ha sido estudiada con especial atención por Javier Burgos para la Barcelona del siglo XVIII. De su análisis del conjunto de la muestra se desprende que la mayor tendencia a la lectura se encuentra en el clero —casi todos los clérigos poseían libros—, seguido de la nobleza y de las profesiones liberales con los 2/3 de sus inventarios con libros. A continuación se encuentra un sector intermedio formado por los militares de baja graduación, el funcionariado y el grupo de comerciantes y fabricantes que gira en torno al 40%. Por último, los niveles más bajos de la jerarquía cultural que resulta del índice de la posesión del libro, están ocupados por el amplio sector artesanal (16%), los asalariados y criados (13%) y los campesinos y pescadores (por debajo del 5%).

La evolución de la extensión social de libro que expresan los datos del siglo XVIII, respecto de los del siglo XVI, indica que su progresión fue general en todos los sectores sociales, a excepción del campesinado.

Comparando por último los datos que tenemos respecto de la posesión del libro por segmentos socioprofesionales con lo que sabemos respecto de la presunta alfabetización de estos sectores, puede decirse que es el clero el sector que casi hace coincidir su capacidad potencial de leer con la presunta lectura efectiva (descenso sólo en un 5%); las profesiones liberales pierden en el camino de la potencialidad al uso un 25% de sus miembros (mínimo en abogados y médicos, máximo en funcionarios y notarios); los comerciantes descienden en un 70% y los artesanos y campesinos en un 35%. Evidentemente, la cultura elemental no exige la propiedad de libros; ni la lectura exige la compra.

La tercera pregunta, *¿qué libros poseían?*, es la que ha tenido más difícil respuesta y ello tanto en la historiografía catalana como en la española. La identificación de los libros no es fácil y los historiadores prefieren optar por la superficialidad de sus deducciones antes que entrar en profundidad en el análisis de las directrices de las supuestas lecturas. El historiador que más y mejor ha contestado a la pregunta mencionada ha sido Manuel Peña. Respecto del siglo XVIII, el propio criterio metodológico ha lastrado las deducciones. La cala cronológica (método de Javier Burgos), con lo que tiene de hipótesis aleatoria, no es el mejor criterio para examinar a fondo el problema cualitativo y las muestras individuales (método Javier Antón), aunque sean excelentemente seleccionadas, plantean no pocas dudas.

¿Qué balance puede hacerse de la desmigajada nómina de autores visibles en las bibliotecas catalanas del siglo XVI al XVIII? De manera esquemática, me parecen evidentes algunas deducciones:

1) El problema que más ha inquietado a los historiadores españoles ha sido el de la dialéctica antiguos-modernos, casticismo-europeísmo, lo que ha motivado largos debates sobre lo que Ringrose llama “el mito del fracaso” español o lo que podríamos llamar “deseuropeización” en contraposición al concepto que tanto ha obsesionado a los historiadores franceses de la des cristianización. El debate —muy antiguo— fue

relanzado por Bennassar con su replanteamiento de la caída de los niveles de alfabetización en España, que situó cronológicamente como resultado de la desamortización a comienzos del XIX. La polémica ha suscitado, como ya decíamos, la confrontación entre modernistas y contemporaneístas: los primeros empeñados en retrasar la pérdida del tren europeo al escenario contemporáneo, los segundos dispuestos a adelantar tal situación hasta la época de Felipe II.

2) La alternativa *ocio-negocio* en las lecturas. La opción dominante en las bibliotecas catalanas parece ser claramente la segunda; es decir, la funcionalidad como criterio prioritario en la configuración de las bibliotecas catalanas. Y ello tanto en el siglo XVI como en el XVIII. El libro más presente en los inventarios es el libro funcional, instrumental, medio de trabajo. La requisitoria en favor de la “recreación” por parte de Cervantes: “no siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste a los negocios, por calificados que sean. Horas hay de recreación donde el afligido espíritu descansa”, no sería muy seguida en Cataluña. Sería mucho más tenido en cuenta el criterio del Padre Isla que había ironizado sobre la inutilidad de algunas lecturas.

El libro como objeto cultural tuvo múltiples usos. En el siglo XVI los libros de horas lujosamente encuadernados sirvieron como signos de distinción para sus poseedores. Los devocionarios fueron, en muchas ocasiones, prenda de empeños diversos. Pero sobre todo, el libro dominante es el libro de consulta, de solución de problemas profesionales. La biblioteca del jurista está llena de libros de derecho; la del médico, de libros de medicina, y hasta el libro religioso tiene mucho de instrumental en tanto que llena las bibliotecas del clero. La literatura de ocio parece especialmente adscrita a los inventarios de mercaderes, en tanto que parece que es dicho estamento profesional el más “libre”, el menos vinculado con libros profesionales. No hay que olvidar que hasta las recomendaciones contra las lecturas de la Biblia en lengua vulgar o los “malos” libros se hace siempre en términos de utilidad, contraponiendo el real perjuicio a la presunta utilidad “por mor de la temeridad de los hombres”. La relectura fue un fenómeno frecuente especialmente en lo que se refiere a los libros religiosos.

3) El fin del estructuralismo lector. Las tesis sobre las que nos estamos apoyando para realizar este balance entierran definitivamente las adscripciones socio-estamentales del género de lecturas burguesas, nobiliarias o populares. Lo primero porque la oscilación a lo largo del tiempo en los gustos o vinculaciones es muy grande. Los cambios de la primera a la segunda mitad del siglo XVI son muy ostensibles en la obra de Peña. Aquí quedan enterrados mitos como el elitismo de las lecturas erasmistas, la “burguesa” lectura de Eiximenis o la “popularidad” del Lazarillo.

De la fecundidad de las élites y las clases populares son buen testimonio las lecturas en las que se pone en evidencia que la temática de consumo literario era la misma en todo el espectro sociológico. Lo que variaba, entre las diversas clases sociales, aparte del número de libros, era sólo la especialidad instrumental —muy definido el libro instrumental especialmente entre los juristas, médicos y clérigos— y la variedad y la calidad formal del producto —grabados, imágenes, formato, tipografía, etc. Se puede



hablar de inclinaciones, de gustos, no de un modelo de lector. Se puede precisar en el siglo XVI una mayor proyección de las élites nobiliarias y clericales hacia el lulismo en contraste con una difusión más amplia del eximenismo que alcanza incluso a los mercaderes, pero en la que no participan ni juristas ni médicos. Asimismo, se observa que las obras clásicas o las humanísticas son más frecuentes en las bibliotecas de nobles en la primera mitad del siglo XVI, mientras que en la segunda mitad de ese siglo parecen abundar más en las bibliotecas de juristas y clero. Ello puede interpretarse como signo indicador de la formación de la élite dirigente de la ciudad en la segunda mitad del siglo XVI. Por último conviene tener en cuenta que el clero parece ser la clase social que ralentiza más sus inquietudes culturales de cambio con fijaciones y resistencias culturales bien patentes, y los juristas constituyen el grupo social más permeable a las diversas novedades culturales en el siglo XVI. A lo largo de los siglos XVII y XVIII, la mayor evidencia de las bibliotecas barcelonesas es el eclecticismo que conjuga líneas culturales muy diferentes.

Nada más lejos de este artículo que pontificar sobre el futuro de la investigación en el territorio de la cultura y de las mentalidades que aquí hemos examinado. Sólo haré aquí algunas observaciones autocríticas respecto de la investigación que venimos desarrollando sobre la lectura en Cataluña a través de los inventarios *post mortem*:

1) Los riesgos de la mitificación de la fuente. Evidentemente la biblioteca es una arca de depósito —como la definía Alejo de Venegas—, una *fotoflash* del estado concreto de unos bienes —entre ellos los libros— tal y como los ve el notario. El objetivo del historiador debe centrarse en rastrear la génesis de cada biblioteca, lo que nos puede determinar la auténtica funcionalidad de los libros de esa biblioteca y, sobre todo, seguir la trayectoria nómada de dichos libros. Efectivamente la historiografía actual europea viene defendiendo cada vez más que las bibliotecas, sobre todo en el siglo XVI, eran instrumento de lectura tanto como objeto de representación, ocasión de ejercicio de la capacidad de emulación. La biblioteca como *bibliotafío* fue una idea muy fustigada en los siglos XVI y XVII, lo que hace suponer su frecuente utilización simbólica. Juan de Zabaleta en *El día de fiesta por la tarde* (1660) se despacha a gusto contra el síndrome acumulativo de libros de su época:

Los que les ven en los estantes les consideran trasladados al pecho de su dueño y miran en aquel pecho toda aquella librería desatada en venerables conocimientos. Engañase, porque de todos aquellos libros no hay en aquel hombre más que la malicia de hacerlos *testigos falsos*.

Más adelante, el propio Zabaleta habla de los “enterradores de libros”, calificando a los libros de “cuerpos muertos con mortajas carcomidas”. Rodrigo Méndez Silva en *Engaño y desengaño del mundo* (1655) lanza una invectiva contra “los que cargan con libros como melones sin cala, a Dios te la depare buena y no les deja de ser pesada carga librerías tan cargadas, pues habiendo de entender lo que tratan, tratan de lo que no entienden”.

Testigos falsos. Cuerpos muertos con mortajas carcomidas. Hay que ser conscientes de los riesgos de depositar toda la fe en aquellos testigos falsos, en rendir culto necrófilo a la representatividad a aquellos cadáveres-libros. Y por ello debe apostarse netamente por el estudio de la movilidad de los mismos. La movilidad exterior de los libros nos traslada al estudio de la disposición del libro en el espacio urbano, la clientela de los libreros polarizada sobre todo entre juristas y eclesiásticos, la importancia de las almonedas y las herencias como fuentes de realimentación de los fondos de libreros y la insuficiencia del mercado librero que se suplía a través de las redes de relaciones (vínculos familiares, solidaridades horizontales, lazos de amistad, tratos comerciales), que concedían al libro un importante papel como signo de amistad o valor de cambio. Los encantos ponen en evidencia en el siglo XVI la dispersión centrífuga de la biblioteca del clero; todo lo contrario que ocurre con las bibliotecas nobiliarias. El clero ejerce de vértice difusor de la cultura religiosa a través del libro. La dispersión de la biblioteca del clero tenía tres vías principales: el propio estamento eclesiástico, los libreros y los notarios. Estos últimos desempeñaron trascendental papel en la circulación de los impresos al introducir cambios de sentido en la dirección de los mismos. Los libros e impresos que penetraban en los grupos artesanales difícilmente salían de este circuito periférico. Sólo los notarios, y en menor grado el clero, participaron en este bajo nivel de circulación. En la Gerona del siglo XVIII, Javier Antón ha explorado con profundidad los encantos de libros y ha cuantificado un total de 137 encantos en los que se efectuaron 1 216 compras de libros. Para este historiador el comprador de la almoneda es un lector efectivo que adquiere libros movido por el deseo de leerlos. Los eclesiásticos fueron los máximos suministradores así como los principales compradores. Parece por otra parte evidente que no actuaron peritos en la valoración de los libros como sí lo hicieron en Valencia, y que los precios de los libros “en suspensión” oscilaron un tanto irregularmente.

Pero no sólo interesa la movilidad exterior, el mercado del libro; también interesa la movilidad doméstica del libro, la ubicación del libro en las distintas estancias del hogar. En este sentido son, como decíamos, fundamentales las aportaciones de Manuel Peña sobre sociabilidad de la lectura doméstica, ya en voz alta, ya silenciosa. El espacio físico del libro, el mobiliario, la decoración de las casas con sus peculiaridades iconográficas, los mensajes explícitos e implícitos de las estampas, la función de los grabados de los libros, enriquecen cualitativamente los descarnados porcentajes cuantitativos de los estudios clásicos sobre la sociología retrospectiva de la lectura.

2) Los historiadores de los inventarios hemos sido presa de algunas obsesiones. La primera y principal ha sido establecer los porcentajes globales de la posesión del libro en las diversas ciudades para, a partir de aquí, elaborar la historia comparativa que ha permitido en los últimos años especular, a mi juicio, frívolamente sobre la presunta homologación de España a Europa. Muchos historiadores parece que hemos hecho estudios sobre inventarios con la voluntad de inferir un cierto narcisismo español que permite considerar unos niveles culturales en España —en alfabetización y posesión del libro— al nivel europeo e incluso por encima de muchos países europeos. Igual se

ha hecho desde Cataluña respecto del resto de España. Narcisismo español y narcisismo catalán son distorsiones ideológicas —en el sentido más ortodoxo de este término— del estudio de los inventarios. Y ello nos parece una barbaridad. En primer lugar, porque la posesión del libro no puede identificarse con la lectura; en segundo lugar, porque la pluralidad de criterios metodológicos de los diversos estudios —que muchas veces se olvida— hace inviables los intentos de comparación; en tercer lugar, porque la lectura lineal de los inventarios es arriesgada. El historiador debe tener en cuenta la información presente y la información ausente en los inventarios. Como ha dicho Roger Chartier, si sólo nos fijamos en los inventarios podría dudarse de la existencia de la Biblioteca Azul. La ausencia o escasa presencia en las relaciones de libros de lunarios o literatura panfletaria no implica la inexistencia efectiva en las bibliotecas de este tipo de libros. Debe tenerse presente que la obviedad no es solemnizada por el notario y la gran *divulgación* es relegada en beneficio de la *distinción* de los libros de mayor fuste. Lo significativo para un notario no es lo estadísticamente representativo. El excesivo uso de los libros condena, por otra parte, determinados libros al riesgo de una desaparición física y su no presencia en los inventarios.

3) La necesidad de superar el tratamiento individual de los inventarios. Levi, como decíamos, ya precisó el escaso sentido que tenía olvidar la variable de la familia en el consumo de los libros. ¿Por qué la preocupación en establecer los porcentajes de la posesión del libro de las mujeres, para inmediatamente después subrayar la precaria situación cultural de las mismas? Los escasos porcentajes de presencia femenina entre la posesión de inventarios obedecen a problemas jurídicos y nada tienen que ver con factores culturales. El consumo cultural era compartido familiarmente. El individuo-consumidor es una ficción en la sociedad del Antiguo Régimen. La lectura en voz alta es el vehículo probable de mayor y mejor transmisión cultural. Si lo fue en la calle, ¿cómo no lo iba a ser en el medio familiar? Los hipotéticos tipos de lectura (apático-compulsiva, casual-singular-popular, lectura-relectura) no quedan reflejados en la presencia de los libros en los inventarios. Quizá ha llegado la hora de valorar más los inventarios de instituciones, centros académicos y, por supuesto, de los propios libros, que nos dan una imagen del consumo cultural colectivo, concepto éste posiblemente más fiel a la realidad que el consumo individual. La dialéctica cultural plural del Antiguo Régimen (oral, icónico-visual y escrita) con toda su asimetría no queda reflejada en los inventarios individuales. La insensibilidad a las modas culturales de los inventarios se complementa con la también patente escasa visibilidad de la acción de los agentes exteriores como la Inquisición sobre los libros presentes en los inventarios. La privacidad del consumo no fue interferida por la Inquisición que, en cambio, tuvo enorme incidencia obviamente en el ámbito de la producción y la circulación pública. Evidentemente que el consumo privado a la postre era afectado por los límites de la circulación pública. Pero los historiadores de este problema, de Kamen a Defourneaux, se han hartado de subrayar las grietas de los corsés represivos de la Inquisición. Por mi parte, he intentado demostrar que la mayor obsesión represiva de la Inquisición se centró en la cultura oral.

El libro es ante todo “el maestro mudo” que decía el inquisidor Sandoval y que más barrocamente el inquisidor Zapata consideraba “el más proporcionado instrumento y más eficaz medio que pudo inventar el padre de la mentira y el engaño” y, desde luego, motivo permanente de inquietud para la Inquisición. Pero el “maestro mudo” tenía la ventaja de ser mudo y de lo que se trató fue de garantizar que el mudo no hablara. El peligro mayor siempre vino, para la Inquisición, de la cultura oral. El número de escritores procesados por la Inquisición en el siglo XVI por sus afirmaciones intelectuales fue escasísimo, como reconoce un historiador tan poco sospechoso como Antonio Márquez. El espectro de las causas de fe de lo que se ha llamado globalmente *protestantismo* fue antes que todo la penalización de la tentación más recurrente de los españoles del siglo XVI: *la tentación de hablar*, no de leer ni escribir. A la luz de la frecuente presencia de libros prohibidos entre los inventarios cabe pensar que la lectura privada no fue algo que creara especiales problemas a los inquisidores. La frontera del delito radicaba, en definitiva, en la no siempre fácil distinción de lo público y lo privado. Sobre el auténtico impacto inquisitorial en el ámbito de la lectura queda mucho por hacer y decir, lo que ya hemos resaltado en un reciente estado de la cuestión sobre la historiografía inquisitorial.

4) El reto de la información no tenida en cuenta. Son muchas las variables presentes en determinados inventarios (las fechas de edición, precios, información iconográfica, descripción formal de los libros) que no han sido bien desmenuzadas quizá por el síndrome cuantitativista al que antes nos referíamos.

La comparación de las fechas de edición de los libros presentes en los inventarios con la fecha del inventario nos permitiría establecer la distinción producción-consumo. En la Barcelona del siglo XVI la distancia de producción y consumo es evidente, pero habría que precisar mucho mejor lo que Price llamó el *reader-impact* (la visibilidad y vigencia) de determinados libros o de determinadas líneas de consumo cultural (por no decir modas).

Los precios nos permitirían contrastar las cifras de venta en encantes y las estipuladas por los notarios. La información iconográfica ha sido casi siempre desaprovechada. Sólo los trabajos recientes de Ramón Solé i Fabregat parecen intentar aportar luces al respecto. El camino de la “bibliografía material” en nuestro país no ha hecho más que empezar.